

Descripción

(corta)

*Tito Nelson Oviedo A.*¹

Editor: James Rodríguez Calle²

Fecha de publicación:

2015

Palabras Clave

Comunicación Oral y Escrita
Descripción
Semblanza
Objetivo
Subjetivo
Teoría
Lectura
Escritura



Dependencia

académica:

Escuela de Ciencias
de la Educación

*Departamento de
lenguaje*

Descripción

El objetivo de este documento es explicar el texto descriptivo utilizando algunos ejemplos. Cada ejemplo corresponde a un tipo de texto: objetivo, subjetivo y semblanza.

¹**Tito Nelson Oviedo A.:** Universidad Icesi, Cali. toviedo@icesi.edu.co

²**James Rodríguez:** Universidad Icesi, Cali. jamesroca@gmail.com



This work is licensed under the Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> or send a letter to Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

Descripción

Todos lo sabemos: Describir es pintar con palabras. Animales, cosas, personas, personalidades, paisajes, situaciones... todo es susceptible de descripción.

Describir bien exige una excelente capacidad de observación del objeto en términos de rasgos de diversa índole: forma, color, dimensiones espaciales, sabor, olor, sonido, velocidad de movimiento, material del que está hecho, textura, temperatura, similitudes con objetos de conocimiento común, emociones que despierta...

Una descripción puede ser objetiva o subjetiva (u objetivo-subjetiva). La objetiva trata de pintar un cuadro imparcial, neutral. Tal es el caso del texto siguiente.

“Una gigantesca puerta de madera pintada de verde oscuro, que permanecía abierta todo el día, daba acceso a un zaguán de dos metros de ancho por cinco de largo. Al fondo del zaguán, una contrapuerta ornada con un vitral de vivo colorido de flores silvestres cerraba el paso a los visitantes. Tras esta contrapuerta, en el interior de la casa, una pequeña campana de bronce de agudo tañir pendía de un aro de hierro clavado a

mediana altura en el muro pintado con cal blanca. Quienes desearan ingresar a la casa debían llamar la atención de sus moradores, haciendo sonar la campana al halar suavemente una cuerda que estaba anudada al badajo, se deslizaba sobre una poleíta de madera y pasaba al exterior de la puerta a través de un casi invisible orificio de bordes perfectamente pulidos. Adentro, un derroche de colores invadía hasta el último rincón del amplio jardín que daba la bienvenida a quien llegara.”

Una descripción no necesita ser tan exhaustiva como parece la anterior. Como en la pintura, unas pocas pinceladas pueden conducir al observador a crear una imagen personal del objeto. Lo que sí conviene tener en cuenta es que la mejor descripción será la que permita al lector formarse una imagen acorde con los intereses de quien describe el objeto. Visualicemos las imágenes que nos presenta este fragmento de La poesía de Castilla, obra de Azorín, (citado en W. Ortega, 1986: 190-191):

“[...] Yo veo las llanuras dilatadas, inmensas, con una lejanía de cielo radiante y una línea azul, tenuemente azul, de una cordillera de montañas. Nada turba el silencio de la

llanada; tal vez en el horizonte aparece un pueblecillo, con su campanario, con sus techumbres pardas. Una columna de humo sube lentamente. En el campo se extienden, en un anchuroso mosaico, los cuadros de trigales, de barbechos, de eriazo. En la calma profunda del aire revolotea una picaza, que luego se abate sobre un montoncillo de piedras, un majano, y salta de él para revolotear luego otro poco. Un camino, tortuoso y estrecho, se aleja serpenteando; tal vez las matricarias inclinan en los bordes sus botones de oro. ¿No está aquí la paz profunda del espíritu?”

barbecho	'tierra labrantía que no se siembra durante uno o más años'
eriazo	'tierra o campo sin cultivar ni labrar'
picaza	'ave zancuda'
majano	'montón de cantos sueltos que se forma en las tierras de labor'
matricaria	'planta herbácea anual...'

La descripción subjetiva (u objetivo-subjetiva) mezcla rasgos específicos del objeto con las impresiones o emociones que surgen en el autor a partir de las situaciones vividas. Veamos este cuadro que pinta Bernhard Schlink en su novela El lector (primera parte, capítulo 5):

“¡Extraño hechizo el de la enfermedad cuando se es niño o adolescente! Los ruidos del mundo exterior, del ocio en el

patio o en el jardín, o en la calle, penetran amortiguados en la habitación del enfermo. Y dentro de ella florece el mundo de las historias y los personajes de las lecturas. La fiebre, que debilita la percepción y aguza la fantasía, convierte la habitación del enfermo en un espacio nuevo, familiar y ajeno a un tiempo; los dibujos de la cortina o el papel pintado degeneran en monstruos, y las sillas, mesas, estanterías y armarios se transforman en montañas, edificios o barcos, al alcance de la mano y al mismo tiempo remotos. Durante las largas horas nocturnas, acompañan al enfermo las campanadas del reloj de la iglesia, el rugido de los coches que pasan de vez en cuando y el reflejo de sus faros, que rozan las paredes y el techo. Son horas sin sueño, pero no horas de insomnio; no son horas de escasez, sino de abundancia. La combinación de anhelos, recuerdos, miedos y deseos se organiza en laberintos en los que el enfermo se pierde y se descubre y se vuelve a perder. Son horas en las que todo es posible, tanto lo bueno como lo malo.

Todo eso va desvaneciéndose a medida que el enfermo mejora. Pero si la enfermedad ha durado lo bastante, la habitación queda impregnada, y el convaleciente, aunque ya no tenga fiebre, sigue perdido en el laberinto.”

Semblanza

Aquí se funden elementos de diversa índole, para lograr un “retrato” de un personaje: rasgos físicos, costumbres, pensamiento, dichos, hábitos, personalidad, acontecimientos en su existencia...

Veamos este fragmento de Las confesiones de un pequeño filósofo, escrito de Azorín (citado en W. Ortega, 1986: 194-195):

“Mi tío Antonio era un hombre escéptico y afable; llevaba una larga y fina cadena de oro que le pasaba y repasaba por el cuello; se ponía: unas veces, una gorra antigua con dos cintitas atrás, y otras, un sombrero hongo, bajo de copa y espaciado de alas. Y cuando por las mañanas salía a la compra — sin faltar una— llevaba un carrick viejo y la pequeña cesta metida debajo de las vueltas.

Era un hombre dulce: cuando se sentaba en la sala, se balanceaba en la mecedora suavemente, tarareando por lo bajo, al par que en el piano tocaba la sinfonía de una vieja ópera... Tenía la cabeza redonda y abultada, con un mostacho romo que le ocultaba la comisura de los labios, con una abundosa papada que caía sobre el cuello bajo y cerrado de la camisa. Yo

no sé si mi tío Antonio había pisado alguna vez las universidades; tengo vagos barruntos de que fracasaron unos estudios comenzados. Pero tenía —que vale más que todos los títulos— una perspicacia natural, un talento práctico, y sobre todo, una bondad inquebrantable que ha dejado en mis recuerdos una suave estela de ternura.”

Referencia bibliográfica

ORTEGA, Wenceslao (1986). Redacción y composición. México: McGraw-Hill